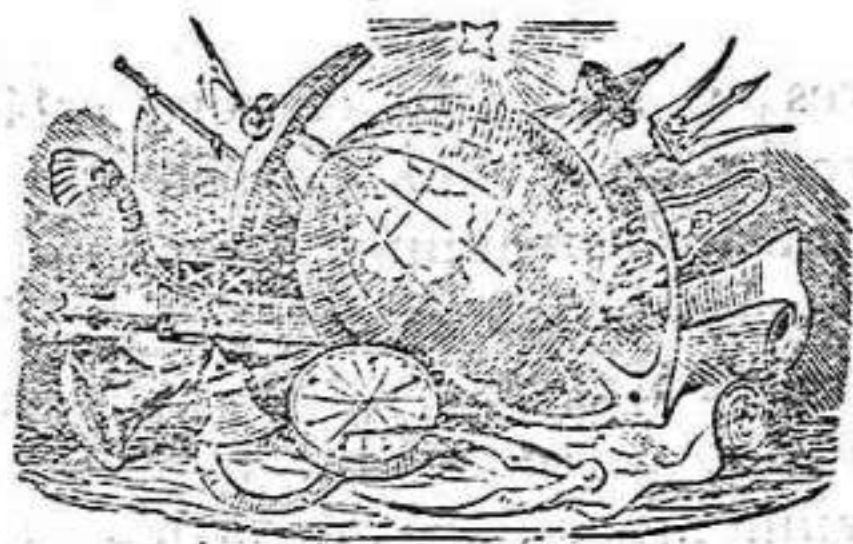


ALMA CENA



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 20 DE JUNIO DE 1844.

LITERATURA.

EL día primero de mayo próximo pasado se celebraron en Madrid con la mayor solemnidad en la iglesia de la universidad literaria las honras fúnebres que el claustro de la misma había dispuesto por el alma del Dr. D. Pedro Castelló y Roca. Digno fué este acto religioso por su pompa y brillantez de la ilustrada y célebre corporación que le realizaba, y digno también del esclarecido catedrático á cuya memoria se había dedicado. Ofició el Ilmo. Sr. D. Miguel Golfanguer, y asistió á la fúnebre fiesta todo el claustro de doctores de la universidad de Madrid.

Concluida la función religiosa, y reunidos los doctores y convidados en la sala rectoral, el Sr. Sabau, dignísimo rector de la universidad, con voz un tanto conmovida, pronunció el siguiente discurso:

Señores: Inauguramos hoy en nuestra corporación literaria, por acuerdo de la misma, una costumbre justa y establecida en casi todos los cuerpos ilustrados; la de derramar lágrimas y flores sobre la tumba de los compañeros que han fallecido, después de habernos encaminado al templo á elevar nuestras humildes y fervientes oraciones al cielo por sus almas generosas: efusión tan natural en los hombres de corazón sensible que no ha menester escitarse; tan propia de la cordial hermandad que felizmente une y unirá sin duda perpetuamente en lazos de recíproco afecto á las personas de nuestra cor-

poracion, que no hay necesidad de encarecerla; tan conveniente en fin que ha de producir copiosos y sazonados frutos para esta universidad, destinada á ser un centro ilustre que con las demas del reino refleje la luz de las ciencias brillante y vigorosa sobre la juventud de España, que ha de labrar en el porvenir la dicha de esta nacion grande y feliz en otro tiempo, y hoy castigada por la desgracia.

A las ciencias, señores, y solo á las ciencias está reservada la magnífica obra de realizar un porvenir halagüeño. Con su autorcha, hija del cielo, se pueden únicamente encontrar los caminos que conducen á la felicidad; con su benéfico influjo se hacen los hombres morales, religiosos, hermanos, hábiles, entendidos, laboriosos, prósperos, y bajo todos aspectos dichosos; y solo por estos medios llega á obtenerse en fin la pública felicidad y ventura. Vanos son el agitado movimiento y los exagerados esfuerzos que arrojan contra unos ú otros escollos, si la inteligencia no señala el rumbo por donde se llega á seguro puerto. Las ciencias tienen esta grande mision y objeto, cada una en su respectiva esfera, y por esta causa las naciones les erigen templos, y envian á la juventud predilecta á consagrarse á su servicio y culto.

Inmensa es, señores, por lo tanto la obligacion que contraen los que se dedican á ellas: difundir las probadas verdades, descúbrir otras nuevas, estudiar los progresos y adelantos que se hayan hecho, traer los frutos científicos del saber y esperiencia de otras naciones, plantar sus gérmenes preciosos en los ánimos juveniles, donde puedan desarrollarse despues con robusta lozanía para dicha de la sociedad, son sin duda arduas y difíciles empresas. Pero al mismo tiempo cuán satisfactorio no es, y cuán digno de honor y de gloria contribuir al bien de su patria en esta noble carrera!.... Paréceme á mí que pocas cosas hay mas dignas de elogio que el consagrar sus facultades á este elevado y principal servicio de los hombres.

Y siendo así cierto, bien merece sinceras y cumplidas alabanzas la memoria de nuestro ilustre compañero y amigo el doctor D. Pedro Castelló y Roca, cuya pérdida lloramos. Procuró cumplir como digno con estos graves deberes en toda la carrera de su vida, breve por desgracia, pero siempre benemérita. Justo es pues que honremos su memoria, y que la trasmitamos á los que tuvieron la fortuna de conocerle.

Nació nuestro buen compañero en Palma de Mallorca á 29 de noviembre de 1812, época harto reciente, si se considera la duracion ordinaria de la vida, para que tengamos ya que llorar su muerte. Fueron sus padres los excelentes Sres. D. Pedro Castelló, á quien el pais es deudor de importantes servicios prestados en el cuidado de la salud de sus Reyes, y doña Antonia Roca. Al mencionarlos no puedo ménos de considerar y sentir la terrible afliccion por que han pasado los buenos padres de nuestro compañero, quienes en la edad en que los hijos suelen ser de mayor consuelo se han visto privados en breve espacio de tiempo de dos que por sus prendas y virtudes y por su bien adquirida reputacion, el uno en las ciencias médicas, el otro en las legales, podian formar sus delicias y su gloria.

De Palma se trasladaron á Madrid los padres del doctor Castelló cuando este era todavía niño, y en la corte dieron principio á su educacion literaria. Dedicáronle al estudio de la latinidad por espacio de tres años, bajo la enseñanza de un sabio profesor de las escuelas pias, con lo cual está dicho que debió de adquirir la instruccion sólida y acabada, y el gusto por la latinidad clásica que los sacerdotes de este instituto religioso de educacion saben comunicar siempre á sus discípulos.

Emprendió despues nuestro compañero la carrera de los estudios superiores, en la cual le encontraremos constantemente adornado con aquellos premios y distinciones escolares que, aunque parezcan pequeños, demuestran ya desde muy temprano la superioridad de genio y de talento.

En los Reales estudios de San Isidro de esta corte cursó y ganó un año de lógica, y sostuvo un acto público: otro de filosofía moral, en el que tuvo asimismo dos actos públicos: otro de física experimental: y por último otro de retórica y elocuencia, en el que sostuvo tambien actos públicos, y mereció que en los exámenes generales se le agraciase con los primeros premios. Al propio tiempo cursó y ganó dos años de matemáticas con uno de los mas célebres profesores de estas ciencias, habiendo merecido en todos los exámenes las calificaciones mas preferentes.

Asimismo escitaron su aplicacion las lenguas vivas, que son las llaves de nuestra comunicacion literaria con las otras naciones, y nos proporcionan el medio de traer á nuestro pais las ideas y los progresos y adelantos de los extraños; y se consagró al estudio de las de Bossuet y de Racine, de Shakespeare y de Byron, de Dante y de Tasso.

Desarrollado su entendimiento con tan buenos estudios pasó á Alcalá á seguir la carrera de jurisprudencia, matriculándose por primera vez en 1828. Allí se entregó al estudio con aplicacion, con esmero y afán: se distinguió en las aulas y en los actos públicos, y obtuvo en todos los cursos la calificacion de sobresaliente. Imponia entónces el plan de estudios á los catedráticos la obligacion de tener actos públicos *pro munere cathedrae* y *pro universitate*, presidiendo en ellos la defensa de las conclusiones que debian sostener sus discípulos; y solian aquellos elegir entre estos, como era natural, á los mas aventajados. Castelló alcanzó el honor de ser designado para cumplir con esta noble obligacion en dos distintas ocasiones, en 4 de febrero de 1830 y en 18 de junio de 1833, habiéndolo verificado con lucimiento y á entera satisfaccion de los catedráticos y doctores.

Merecedor siempre de las primeras distinciones académicas obtuvo el grado de bachiller á claustro pleno en 13 de agosto de 1831, acreditando su instruccion con lucidísimos ejercicios que le fueron aprobados *nemine discrepante*.

Del mismo modo y con no ménos honoríficas circunstancias y unanimidad obtuvo el grado de licenciado en 9 de junio de 1834.

Concluida la carrera de leyes siguió igualmente la de sagrados cánones, y mereció en todos los cursos la nota de sobresaliente.

Tantas calificaciones favorables en todo el curso de sus estudios prueban, señores, sobradamente en mi concepto que nuestro compañero y amigo debió distinguirse en alto grado por sus talentos y saber, porque aun concediendo lo que se quiera á la indulgencia, yo creo que nunca se reúne una serie tan continuada de declaraciones hechas por profesores y en establecimientos tan diferentes, sino cuando tienen por base el verdadero mérito; y así juzgo que sin alabanza exagerada, indigna de este lugar, y sí solo con la justicia y verdad que se debe podemos declarar que el doctor D. Pedro Castelló y Roca durante su carrera ocupó un merecido lugar entre los hijos de esta universidad mas distinguidos. Tambien creo que puede admitirse que si bien la obtencion de tales honores y calificaciones no es siempre presagio infalible de las grandes cualidades y capacidad que hayan de desplegar los que son objeto de ellas en el curso de su vida futura, comunmente y en la mayor parte de los

casos tienen esta significacion y resultado. No se logra sobresalir entre muchos ingenios, y fijar la atencion y distinguirse sin estar dotado de algunas cualidades fundamentales y escelentes que formen como el carácter propio y duradero de la persona, las cuales no pueden ménos de llevarse á todos los casos y épocas de la vida. La historia de los hombres célebres prueba con hechos la exactitud de esta observacion; y la esperiencia demuestra tambien á cualquiera que los que conoció en las cátedras como buenos no han solido ser despues en el mundo los ménos aventajados.

Con estas disposiciones y esta base de bien fundadas esperanzas recibió nuestro compañero el grado de doctor, y entró á formar parte del claustro de esta universidad que ha reunido en su seno tantos hombres ilustres, cuyos recuerdos se presentan á nuestra imagiacion como modelos y ejemplos para estimular nuestros esfuerzos.

La buena reputacion y fama literaria que gozaba el doctor Castelló hizo que un año despues, en 27 de diciembre de 1835, se le confiase el desempeño de la cátedra de instituciones civiles, que luego obtuvo por Real nombramiento, y que ha desempeñado durante ocho años con el celo y brillantez notorios en esta universidad. Fué su especial asignatura una de las de derecho romano, en cuyo conocimiento se aventajaba por su constante estudio de las mejores fuentes de esta sábia jurisprudencia, fundamento de casi todas las europeas, y filosofía escrita y práctica del derecho que ha suplido por muchos siglos la falta de la filosofía pura de esta ciencia. El doctor Castelló la habia estudiado profundamente bajo todos sus aspectos; y en sus esplicaciones, que revelaban su mucha erudicion, trasladaba con suma claridad y facilidad al espíritu de sus oyentes el fruto útil y escogido de los trabajos de los glosadores y comentadores, de los que con mas filosofía esplicaron en los siglos XVI y XVII las leyes romanas con el auxilio necesario de la historia, de aquellos que las consideraran bajo su aspecto literario, de los modernos que han continuado y adelantado las investigaciones arqueológicas, de los que con suficiente crítica y filosofía han trazado la historia y el influjo de aquel derecho hasta nuestros dias. De este modo eran sus esplicaciones, á la par que profundas, agradables y amenas. En ellas producía sus ideas con claridad y sencillez, en voz sonora y robusta, que esforzaba habitualmente para mal de su salud, con el vivo deseo que le animaba de hacerse entender mejor de sus oyentes. Su celo, su esmero y laboriosidad por la enseñanza eran extraordinarios, así como su interes por la gloria de esta universidad.

Sus prendas y cualidades morales eran, señores, superiores á todo elogio: todos hemos experimentado en trato frecuente su carácter amable, franco y bondadoso: era amigo sincero de sus compañeros, á quienes profesaba aquella cordial hermandad tan natural entre los individuos de una corporacion ilustrada, y que es origen y fuente de infinitas delicias y bienes recíprocos, y de la futura prosperidad de las mismas corporaciones. Todos, señores, reconociamos estas dotes, ya literarias, ya morales, en el amigo y compañero que hemos perdido. Nos gozábamos con ellas y con su afecto viéndole disfrutar, poco mas ha de un año, de salud robusta y de una juventud lozana que no daba márgen á temer su temprana muerte; pero la Providencia en sus decretos siempre venerandos resolvió llamar á sí al doctor Castelló, y ya se dejaron notar en su salud alteraciones leves en un principio, que muy luego pusieron en cuidado á su familia y á sus amigos. La afeccion al pecho que contrajo en el crudo invierno de 1843, atribuida principalmente á los conti-

nuados esfuerzos de su voz en las esplicaciones que dirigia aquel año á numerosos discípulos, fué tomando un carácter cada vez mas grave, sin que fueran parte á aliviarle ni la estacion mas benigna de la primavera, ni el cambio de aires y de clima. A principios del siguiente invierno le vimos partir en busca de este alivio con pocas esperanzas para la ciudad de Valencia, de donde se recibió muy pronto la infausta y dolorosa noticia de que nuestro compañero habia fallecido en aquella capital el 11 de noviembre de 1843 á la edad de 31 años aun no cumplidos. Asi se vió privada esta corporacion de uno de sus mas dignos individuos, la instruccion pública de un catedrático que la honraba, y de quien podia esperar grandes servicios, la sociedad, que debe en mi concepto apreciar á los hombres ilustrados y á toda prueba honrados como joyas que la ennoblecen, uno que reunia estas cualidades, y que podia servirle extraordinariamente.

Honremos su memoria, único galardón que puede el mundo tributar á la virtud, y acordémonos de elevar nuestras oraciones por su alma al Dios de misericordia.

No podemos dejar la pluma sin aplaudir el esmerado celo con que han correspondido á la confianza del claustro los señores doctores comisionados por él para dirigir estos fúnebres honores, á cuya brillantez han contribuido no poco los desvelos y especial inteligencia del doctor D. Julian Pando.

COSTUMBRES DE PARIS.

Si algun devoto provincial se hubiese hallado en Paris el dia de Pascua, no hubiera podido ménos de exclamar: ¡Roma no es ya la ciudad santa! La ciudad mas religiosa en el dia es, sin disputa alguna, Paris; sí, Paris, que es por excelencia la morada de la fe y de las mas santas creencias. Efectivamente, este devoto hubiera tenido alguna apariencia de razon.

Ya he dicho muchas veces que el estómago de los parisienses es tan singular que se aviene á toda especie posible de alimentos. La digestion de un baile y de una fiesta no les es ménos trabajosa que la de una misa. Los parisienses se arrodillan ó bailan, y hacen oracion con igual fervor que cantan. Tal vez esto podria justificar la opinion de nuestro devoto des Herbiers ó de Luçon, al ver la multitud de fieles que llenaba ciertas iglesias y se estendia hasta mas allá de los cancelos el dia de Pascua.

Si yo tuviese por hábito contentarme con ver solamente con los ojos de la fe, hubiera pensado lo mismo que todos los devotos; pero como tengo la desgracia de ser de una naturaleza sumamente curiosa de querer palparlo todo, de no admitir cosa ninguna, ni aun lo verosímil, sino á beneficio de inventario, he obrado como las masas, es decir; he dirigido mis pasos hácia una iglesia. La eleccion recayó sobre la de la Magdalena.

El juéves y viérnes de la santa semana, este santo asilo rebosaba de gente, la cual, por la mayor parte, no hacia mas que escuchar y mirar, y el menor número guardaba una actitud piadosa. Confieso que por mi parte seguí el ejemplo de la multitud; me puse á escuchar, y con la mayor sorpresa, distinguí muy claramente las voces de tenor, de baritono y de bajo que yo conocia: oí tambien tocar ciertos instrumentos del mismo modo que se tocan en ciertos lugares diferentes de las iglesias.... En seguida miré y ví.... ¿lo adivinarán ustedes?.... ví los cantores de la ópera, la escuela entera del canto mundano de M. Delsartes: ví instrumentos de toda clase: violines, violínchelos, bajos, clarinetes, lo mismo que en la ópera. Seguí mirando y esperando á cada paso una nueva sorpresa; pero no ví nada mas que al incomprendible parisiense que va á divertir á la iglesia sus oídos y sus ojos los días que están cerrados los sitios destinados á estas fiestas.

Esto que os digo relativamente al miércoles, juéves y viérnes santo, es igualmente aplicable, amigo lector, á los días de Pascua; vuestro sano juicio llegará fácilmente á conocer á cuanto asciende el número de los verdaderos creyentes y observadores de la religion en la inmensa ciudad de Paris.

No es solamente en las iglesias donde se han celebrado con solemnidad los días de Pascua: el palacio de Lambert, donde se han dado este invierno brillantes fiestas, ha reunido una escogida sociedad compuesta casi de 500 personas, entre las cuales se hallaba el príncipe de Ligne, embajador de Belgica, con su esposa, el conde de Rambuteau, prefecto del departamento del Sena, los príncipes de Beauveau, el general baron Desmichels y su señora, y otros muchos estrangeros de distincion aliados con familias polacas. Todas estas personas habian concurrido allí para celebrar la Pascua con una comida servida en el inmenso salon adornado de esculturas y de magníficas pinturas de nuestro célebre Lebrun. Esta ceremonia aunque enteramente nueva para nosotros, trae su origen de los tiempos mas remotos, pues se hallaba en práctica en la época de los antiguos reyes de Polonia de la raza de los Jagellones. El príncipe Czartorinsky, rico propietario del palacio de Lambert, y uno de los vástagos de aquella régia raza, quiso resucitar en Paris la Polonia, actualmente en Francia, esperando tiempos mejores. Dos grandes hileras de personas estaban de pié aguardando la bendicion de la comida pascual, cuando el M. R. arzobispo de Paris, acompañado de todo el clero polaco, hizo su entrada solemne en el salon y pronunció las religiosas palabras. En seguida cada uno se colocó en su puesto á tomar parte en esta fiesta de familia, la cual ha producido particularmente sobre nuestros compatriotas una profunda sensacion. Pero observo que he empezado á hablar de la Pascua ántes de tiempo. Echemos una ojeada retrospectiva sobre las dos últimas semanas de cuaresma, que no han sido mas ni ménos alegres ni mas animadas que las precedentes.

La primera de estas dos semanas fué, como las anteriores, consagrada á fiestas, bailes y conciertos, con un duplicado entusiasmo, porque todo el mundo sentia la aproximacion de la primavera con su bello sol, que los parisienses aman de todo corazon. Cuando llega la estacion de los paseos y de los baños, ¡adios placeres domésticos! Asi es que era digno de verse como nuestros jóvenes aprovechaban estos últimos restos. Todos los días empezaban á las dos y media de la tarde, y no finalizaban hasta las siete de la mañana del día siguiente. En este intervalo se dieron uno ó dos conciertos y dos ó tres bailes, comidas, cenas, etc., etc. En una palabra, no se cesaba.... ¡Y cuantos, por desgracia, están hoy día en la cama, enfermos para seis meses!

Los salones de Hertz, de Pleyer, de Moreau-Sainti, de Manera, de Desartés, retumbaban diariamente con acentos filarmónicos. Cada artista de algún crédito ha dado este año su concierto; ¡¡¡juzguen ustedes si habremos tenido pocos! Entre los últimos, los más notables han sido los de Manera, Goria y Lac, y de madama Bonnias. El primero de estos filarmónicos desplegó en su concierto un gran talento en el canto y el violin; en cuanto á madama Bonnias, es bien sabido que su casa está siempre llena de gente. Este año, los artistas de mérito y entre otros la hermosa madama Dobré han contribuido al brillo de esta última fiesta, habiéndose prodigado al talento de la beneficiada el mayor número posible de aplausos. Esto ha sido justo. Pero terminemos de una vez la relación de los conciertos de la temporada diciendo que el que se dió el 14 en beneficio de la colonia de Petit-Beurg, y en celebridad de la inauguración del soberbio edificio de la casa de ayuntamiento, ha sido magnífico y ha producido más de 25,000 francos; y á pesar de todas las precauciones que se tomaron, los últimos que llegaron no pudieron colocarse.

No hay memoria de una brillantez igual á la que ha presidido á la estación de Longchamps, durante los tres magníficos días de miércoles, jueves y viernes Santo de este año. Así es que la brillantez de este paseo ha consistido en la pureza de la atmósfera y en la inmensa concurrencia que recorría las alamedas de los campos Elíseos, de Neuilly y del bosque de Bolonia. Desgraciadamente, los suntuosos coches y las brillantes toiletas eran raros. Todo el mundo parecía no haber sido llamado allí sino por la curiosidad más bien que como antiguamente por el deseo de lucir su buen gusto en coches, tiros y libreas, en vestidos y peinados, etc. Evidentemente, las cosas no van en el día como ántes, y cuando se piensa que esta revolución en las ideas es debida á la *polka*, nos ponemos á temblar preguntando en qué pararán las cosas si llegan á parar en algo.

- ¡ Buenos días, amigo mío! ¿ cómo estás?
- ¡ Cansado, estropeado, sudando!
- ¿ Sin duda vienes del bosque?
- ¡ Del bosque! ¿ qué tengo yo que hacer allí?
- Lo que todo el mundo hace... pasearte.
- ¡ Vaya! ¿ quién va ahora al bosque?... ¿ Vienes acaso de Quimper-Corentin?... lo parece.... ¡ Adios!

Me quedé mirando á este buen amigo, diciendo:

¡ Sin duda Arturo ha perdido la cabeza!

- Buenos días, Alberto... ¡ Jesus!... ¡ qué colorado estás!
- ¡ Tengo calor y cansa tanto!
- ¿ Qué?
- ¿ No lo adivinas?
- ¡ No!
- El baile.
- Deberías haberme dicho desde luego que vienes de un baile. Sin duda alguna no lo hubiera adivinado, por la sencilla razón que ya ha pasado el tiempo de los trenzados.
- ¿ Dónde tienes la cabeza?... ¿ Quién te habla de trenzados? Acabo de dar lección de *polka*, y ahora me voy á descansar... ¡ Hasta la vista!
- ¡ Buenos días, Ernesto!... ¿ qué raro estás hoy?
- ¿ Qué dices?
- Que tienes un ropaje muy raro.

- ¿Qué quieres? es menester seguir la moda.
- ¡Cómo! ¿ese singular sombrero y ese corbatin original son de moda?
- Sí... ¡mal que te pese!
- Al contrario, lo celebro por tí... ¿Y qué nombre das á ese sombrero?
- Sombrero polka.
- ¿Y al corbatin?
- Corbatin polka.

Al pronunciar estas últimas palabras, mi amigo Ernesto saludó graciosamente á una jóven que pasó junto á nosotros.

- Yo conozco esta cara.... ¿dónde la has visto? le dije.
- Sin duda en la ópera; esa es Mlle. Dabat, bailarina que promete mucho.
- Segun parece, te tratas mucho con los bailarines.
- Seguramente, porque estoy aprendiendo la *polka* con M. Cellarius; pero, me siento cansado y tengo calor; entremos en Tortoni.
- ¡Mozo! ¿hay helados?
- ¿De qué los quieren ustedes?
- ¡Pardiez!.... ya lo sabeis.... helados á la *polka*.
- Muchas ganas tengo de saber lo que es un helado á la *polka*, decia yo en mi interior; esperemos un poco. Un momento despues volvió el mozo con dos helados, mitad vainilla y mitad limon. Solté una carcajada, que por poco puso de mal humor á mi amigo. No será extraño que la *polka* revuelva un imperio ó que á lo ménos no meta zizaña entre buenos amigos.

Al salir de Tortoni, ví á Alfonso Karr, cuyo brazo cojí, diciendo: Gracias á Dios que voy con un hombre razonable, con quien poder hablar un cuarto de hora.

- ¿Qué es lo que dices?
- ¿Bailas la *polka*?
- No.
- ¡Euhorabuena! ¿Sabes que la *polka* ha trastornado la cabeza de todos nuestros amigos?
- Sí, déjalos, ya se cansarán... ¿La has visto bailar?
- Ciertamente.
- Entónces, podrás decirme de que pais viene.
- M. de Custine dice que la *polka* se baila en Rusia. Los españoles pretenden que la ddichosa *polka* es una especie de fandango; los napolitanos, que es la tarántula, y los polacos la consideran como la Cracoviana. En cuanto á mí, he visto bailar en Auvernia la *bourrée*, la farándola en las provincias, y te confieso...
- Que todos esos bailes se asemejan, ¿no es verdad?
- Efectivamente.
- Pero vamos, defínela un poco mas claro.
- Se adelanta un paso y se retrocede dos.
- ¡Calla! así sucede en política: este baile tendrá larga vida, supuesto que se funda en un escelente sistema; pero te ruego que la determines un poco mas.
- Escucha; «primeramente se echa el pié izquierdo adelante, al mismo tiempo que el derecho forma dos tiempos marcados con dos talonazos.»
- Tienes razon; eso tiene algo de la Cracoviana y de la *bourrée* de Auvernia; pero, sigue, ese baile me interesa.
- Se acabó la definicion.
- ¡Cómo! ¡te chanceas!

- Te repito que no hay mas que lo que te he explicado; la *polka* tambien es doble.
- Veamos.
- Espera, espera; me ocurre una idea mejor: olvidaba la música y sin ella es imposible hacer bien el paso. ¿Sabes como es la llamada que tocan los tambores de la guardia nacional?
- Te ruego que no me hables de eso: esa palabra de *guardia nacional* me da escalofríos: ya sabes que por lo menos tengo que cumplir diez condenas en la casa de arresto: y lo peor es de que no hay apariencia de amnistia.
- Sin embargo debes saber que la música de la *polka*, no es mas que la llamada militar, con la diferencia que el movimiento es un poco mas pausado: la medida es de 2/4. Los tres primeros compases son *allegro* y el cuarto *espressione*; y el compas es mas fuerte.
- Ya te entiendo; sigue.
- La *polka* se baila como el waltz, por dos personas. El caballero coge á la señora por la cintura, y su mano derecha con la izquierda, alejando esta un poco del cuerpo y colocándose un poco mas abajo de la cintura: en seguida echa el pié izquierdo hácia adelante.
- ¿Y despues?
- Despues, al sonar el violin, si es que lo hay en la orquesta, se lanza dando un pequeño golpe en la pierna, y al primer compas, al mismo tiempo que salta sobre el pié opuesto, hace escurrir el otro hácia adelante oblicuando un poco. Al segundo compas vuelve á llevar la pierna derecha detras de la izquierda, y al tercero adelanta de nuevo esta última dando un ligero golpe con el pié. Este último compas es mas marcado que los otros. En fin, al cuarto se levanta la pierna derecha levantando el pié detras de la izquierda un poco mas abajo de la corba. En seguida se lanza otra vez dando un golpe en la pierna izquierda con la derecha, la cual toca al suelo, y al compas siguiente hace pasar la pierna derecha al lado opuesto, continuando del mismo modo. Esta vez, la pierna derecha ejecuta iguales movimientos que la izquierda, siguiendo el mismo compas, y recíprocamente. Al ejecutar el paso de este modo los bailarines adelantan dando vueltas como en el waltz.
- ¿Sabes que tu *polka* me parece una cosa rara!
- Esta no es la doble *polka* sino la sencilla; ¿no te he dicho que iba á empezar mi explicacion con música? ¿te acuerdas... de la llamada?
- Sí, perfectamente; ¿y la doble *polka*?
- La doble *polka*, se compone de un paso diferente, el cual, el primero y tercer compas están solo bien marcados. El bailarín coge á la señora como si fuese á bailar la *polka* sencilla y levanta la pierna izquierda doblando la rodilla: al primer compas da un ligero salto sobre la pierna derecha, alarga la otra y levanta el pié izquierdo elevando la punta como si fuese á dar con el talon en el suelo.
- Al tercer compas salta de nuevo con la pierna derecha, dobla rodilla y baja la punta del pié sin tocar en el suelo. Para el compas siguiente es menester llevar la pierna izquierda ejecutando puntualmente el primer paso, y balanceándose un poco.
- ¿Y las señoras la bailan del mismo modo que los hombres?
- Absolutamente del mismo modo; con la diferencia que salen con el pié opuesto al del caballero.
- Vamos ¿qué te parece este baile?

— Me parece que es un baile de carácter, al que presta mucha gracia el buen gusto de los bailarines. Pero la mala postura de otros hace parecer muchas veces ridículo. De todos modos la *polka* ha sido para Cellarius una magnífica invención, porque se dice que durante este invierno le ha producido lo suficiente para comprar una casa.

— Gracias, amigo mio; acabas de darme excelentes flores para mis abejas; con esto van á picar durante dos meses como unas furiosas. La *polka* es un baile precioso por cuya invención echaré mi bendición al gran Cellarius.

Amo con todo mi corazón las sillas del café de Paris, y confieso que tengo el mayor placer en sentarme en ellas algunos instantes en una noche de verano. Hace dos días el tiempo era magnífico y yo dormía mi siesta de la tarde. Estaba á mi lado un amigo mio, jóven de humor alegre, de cabellos rubios, de figura franca y bigotes rizados, que tenia en la mano un baston con puño de oro. Desde vuestras casas podeis verle, lector. Este es para mí el amigo mas precioso que encierra Paris; es un libro de aventuras que yo consulto muchas veces en beneficio de mis lectores. ¿De dónde saca tantas noticias? Esto es lo que precisamente ignoro; y lo que únicamente sé, es que tengo mil ocasiones de convencerme de la autenticidad y exactitud de sus relaciones que siempre han sido verdaderas.

— ¡Y bien! ¿qué hay de nuevo? le dije.

El rubio saludó á una persona que pasaba, en vez de responderme.

— ¿No me has oido?

— Sí, sí; pero has visto que estaba ocupado en considerar á ese gordo verde que acabo de saludar.

— Tienes razon, es tan verde como una hoja de primavera. ¿Está enfermo acaso?

— Mi interlocutor se sonrió.

— Sin duda quieres saber una historia para insertarla en un periódico, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¡Y bien! precisamente voy á contarte una sobre nuestro hombre verde.

— ¿Crees acaso que mis lectores podrán divertirse mucho al leer que yo he visto en el bulevar de Gand á un hombre del color de los papagayos?

— ¿Y por qué no? escucha.

— Ese es un abogado que se llama V... Un dia una buena moza fué á consultarle de qué modo podria conseguir separarse de su marido.

— ¡Ola!

— ¿Qué tiene eso de particular? no sabes que solo las buenas mozas son las que quieren separarse de sus maridos?

— Sí.

— No me interrumpas.

— Ya te escucho como un mudo.

— La buena moza en cuestion fué pues á consultarle; y como era preciosísima, el abogado respondió que el caso era arduo y merecia reflexionarse; por lo tanto que volviese otro dia.

— ¡Bribon de abogado! así son todos ellos. Ahora entiendo, ha hecho la corte á esa señora, la cual no le ha dado oidos, y el abogado lo ha sentido tanto que tiene ictericia verde.

— Si sabes la historia será escusado contártela.

— No, prosigue; esa muger me interesa.

— La buena moza volvió otra vez, diez, en fin, mil veces, hasta que por último el abogado la dijo: En todo lo que usted me dice no veo el menor motivo de separacion, y si usted pone una demanda, perderá el pleito. Las innumerables visitas de usted podrán acaso comprometerla al fin, por consiguiente es preciso que renuncie usted en lo sucesivo. Pero como usted vive en mala inteligencia con su marido, yo mismo iré á verle para decirle que al cabo de mil esfuerzos he conseguido que se reconcilie usted con él y que se restablezca la paz en la familia. Por lo que usted me ha dicho tocante á su carácter, creo que se alegrará y todo quedará arreglado del mejor modo posible.

El abogado fué á contar todo esto al marido, el cual tuvo la mayor satisfaccion y le abrazó con gran efusion prodigándole el nombre de amigo, y no se separó de él hasta que le prometió venir con frecuencia á visitar á estos esposos felices que se prometian una nueva luna de miel. Efectivamente, el abogado volvió con frecuencia, y no tardó mucho en llegar á ser íntimo en la familia.

Ordinariamente, despues de comer el marido salia á sus asuntos muy alegremente, y durante este tiempo el amigo hacia compañía á la señora ó salia con ella á paseo ó al teatro. Finalmente, semejante existencia era la mas feliz y envidiable.

Pero ¿qué cosa hay durable en este mundo? Esta vida tan grata no debia tener envidiosos? así sucedió. Algunos vecinos poco caritativos y cuyos obsequios habian sido sin duda despreciados por la señora, creyeron oportuno el ir á contar al marido que su muger..... El marido no quiso darles crédito é hizo bien. Porque le parecia imposible que un buen abogado, que un hombre tan escelente que le habia hecho el servicio de ponerle bien con su carmitad, le jugaba la pasada de que le acusaban. Además, su muger no se habia manifestado mas amable, ni mas buena, ni mas cariñosa que desde el dia en que volvió voluntariamente á unirse á él. Despreció pues á los calumniadores. Sin embargo, un dia que el botillero Dubois, su vecino, le habia zumbado mas de lo regular, empezó á sentir los celos por la primera vez, y por primera vez pensó que acaso su muger no valia tanto como él creia y que su amigo no le profesaba tanta amistad como él se habia figurado.

Desde el momento que se apoderó de su espíritu esta duda cruel, se concluyeron el reposo, la paz y la dicha para el pobre marido. Desde entonces le ocupó solo una idea, es decir, la de asegurarse bien de su desgracia. En consecuencia se puso á espiar todos los pasos, y antes de ocho dias no le quedó la menor duda de que sus vecinos tenian razon de burlarse de él.

¿Qué debo hacer en este caso? dijo. Si mato á mi muger y á mi amigo, esto va á acarrearne mil disgustos. Me verá públicamente ante un tribunal; mi nombre será estampado en todos los periódicos, y mi casa será diariamente sitiada por una multitud de ociosos. Me vengaré de otro modo y mejor: ya lo he pensado.

Un dia que M. V.... habia ido, como tenia de costumbre, á comer con sus amigos, y cuando despues de levantarse de la mesa se habia retirado al cuarto de la señora en compañía de esta, el marido se puso á escuchar, y cuando lo creyó oportuno cayó como una bomba en medio de los culpables.

Coger al abogado por el cuerpo, trasportarle como si fuera un niño á su obrador y meterle dos ó tres veces en una caldera, fué para él cosa de un momento. Despues de haberle hecho tomar este baño, le sacó de la caldera

por los hombros, y le llevó dándole de palos con el mango de una escoba, hasta la puerta de su casa.

— ¿Qué había en la caldera?

— ¿No lo he dicho?

— No.

— ¡Y bien, amigo mio! La caldera contenía todo lo necesario para teñir de verde; había olvidado decir que el marido era tintorero. El líquido era excelente, á lo que vemos, puesto que no pierde. De esto hará pronto cuatro meses y por que lo notó, V... tendrá aun á lo ménos para otros tantos. Durante estos cuatro meses ha estado constantemente encerrado en su casa y hasta hoy no se ha decidido á salir por la primera vez y de noche.

— ¿No has reparado que corrido parecía?

— ¿Sabes que no creo posible lo que acabas de contarme?

— ¡Qué no es posible! mira, ahí viene; examínale bien.

— Mil gracias, mi buen amigo, por tu excelente historia. Voy á aprovecharme de ella para llenar un artículo de variedades.

C. DE A.

La siguiente historia extractada de un viage reciente á Nápoles, divertirá á nuestros lectores.

UN INGLÉS EN POMPEYA.

Durante mi permanencia en Nápoles vino á establecerse en el hotel en que yo habitaba un viagero inglés. Pertenece á aquella clase peculiar que considera al dinero como el único argumento á que en este mundo nada puede resistir. Apreciaba á los hombres segun sus rentas; y consideraba el talento, la reputacion, los títulos como muy inferiores á una inscripcion del tres por ciento. Siendo muy rico, tenia una gran idea de sí mismo, y no creia que hubiese cosa en el mundo que le pudiese resistir. No tardó mucho en desengañarse. El vapor en que vino echó el ancla justamente media hora demasiado tarde para que se permitiese á los pasajeros desembarcar. El inglés que se habia mareado mucho y que rabiaba por verse en tierra, mandó ofrecer cien guineas al capitan del puerto si lo dejaba desembarcar inmediatamente. Las leyes de cuarentena son muy severas en Nápoles; el capitan creyó que el inglés estaba loco, y se contentó con reirse de su oferta. Nuestro viagero tuvo pues que dormir á bordo, maldiciendo á los que habian hecho las leyes y á los encargados de hacerlas ejecutar. Lo primero que hizo al verse en tierra fué ir á ver las ruinas de Pompeya. Como no encontró al instante un guia ordinario, se contentó con llevarse un lazarone. No se habia ovidado del lance de la noche anterior, y durante todo el camino desahogó su cólera hablando mal del rey Fernando. El lazarone, á quien habia metido en su carruaje, no hizo caso de esto mientras que se hallaban en el camino real. Los lazarones, ge-

neralmente, se meten poco en cosas de política, y poco se les da de que se hable contra el rey, con tal de que no se diga nada en contra de la virgen María, de San Genaro ó del monte Vesubio. Pero al llegar á la Via dei Sepolchri, el trapajoso guia se puso el dedo sobre los lábios para indicar al ingles que debia callarse. Este consideró que su dignidad no le permitia hacer caso de este gesto y continuó en sus invectivas contra Fernando el Bien-mado. = Perdonadme, eccellenza, dijo el lazarone al fin saltando fuera del coche, me vuelvo á Nápoles. = Y por qué preguntó el ingles. = Porque no quiero que me ahorquen. = ¿Y quién se atreverá á ahorcarte? = El rey, porque estais hablando mal de él. = Un ingles tiene derecho para decir lo que quiera. = Pero un lazarone no lo tiene para escucharlo.

¿Y quién ha de decir lo que tu oyes? = El inválido que va á guiarnos en Pompeya. = Yo no quiero que nos guie ningun inválido, dijo el ingles. = Pues entónces no vereis las ruinas. = Pagaré dos, tres, cuatro veces mas de lo que se paga comunmente. = Ni por esas, respondió el lazarone. = ¡Oh! dijo el ingles, y quedó sumido en una profunda meditacion, miéntras que el lazarone se divertia en hacer esfuerzos para saltar por encima de su propia sombra. = Bien: tomaré al inválido, dijo el ingles, despues de reflexionar un poco, pero con la condicion que diré delante de él cuanto se me antoje. = Pues entónces, hasta la vista, dijo el lazarone marchándose. = No, no te vayas, dijo el ingles: aconséjame lo que he de hacer en este caso. = Mi consejo es, contestó el lazarone, que tomeis un inválido sordo = Bien, gritó el ingles deleitado, sí, ve á buscármelo, y toma un duro por el consejo. El lazarone corrió al cuerpo de guardia, pronto volvió con un soldado viejo mas sordo que una tapia.

Empezaron á ver las curiosidades del lugar, y durante el paseo el ingles no daba treguas á su lengua en cuanto á las invectivas contra el rey; el inválido no oia una palabra y el lazarone no hacia caso. Visitaron sucesivamente la Via dei Sepolchri, y las casas de Diomedes y Ciceron. Por fin llegaron á la casa de Salustio, en una de cuyas habitaciones hay un fresco que llamó singularmente la atencion del ingles. Al instante sacó del bolsillo un lápiz y un libro en blanco y empezó á copiarlo. Apénas habia hecho una línea cuando se acercaron el inválido y el lazarone. Aquel iba á hablar, pero este le quitó la palabra de la boca. = Eccellenza, dijo, está prohibido copiar este fresco.

= No importa, replicó el ingles; yo quiero copiarlo, y pagaré lo que me pidan. = No se os permitirá aunque pagueis. = Aunque me cueste diez veces mas de lo que vale, quiero copiarlo. = Si lo haceis, este inválido os pondrá en el cuerpo de guardia. No haciendo caso el ingles, se le acercó el inválido con un gesto inexorable, que le hizo comprender que no habia remedio. Como iba á enfurecerse, se le acercó el lazarone y le dijo: = ¿Quereis copiar cuantos frescos os dé la gana sin pagar un ochavo? = Sí. Pues permitidme que os dé otro consejo: tomemos un inválido ciego. = Bien, exclamó el ingles mas deleitado aun con este consejo que con el anterior; un inválido ciego, y toma dos duros por el consejo.

Salieron de la casa de Salustio, le pagó y despidió al guia, y el lazarone se marchó al cuerpo de guardia, de dode pronto volvió trayendo consigo un inválido ciego, guiado por su perro. El ingles queria volver inmediatamente á acabar su dibujo, pero el lazarone lo persuadió á que aguardase á fin de no escitar sospechas. Continuaron, pues, sus paseos, guiados por el inválido, ó mas bien por su perro, que segun el conocimiento de Pompeya que manifestaba hubiera hecho honor á una sociedad de anticuarios. Despues de visitar

la tienda del herrero, el horno público y la casa de Fortunata, volvieron á la de Salustio, donde acabó el ingles su copia, mientras que el lazaronne entretenia al inválido con su conversacion.

— Siguiendo sus escursiones continuó haciendo copias, y en dos horas ya tenia la mitad del libro lleno. Por fin, llegaron á un lugar en donde se estaban haciendo escavaciones. Los hombres que trabajaban en ellas acaban de descubrir varios pequeños bustos, bronce, estatuetas y curiosidades de todo género, y á medida que las sacaban las iban depositando en una casa contigua. El ingles entró en la casa, y al instante le llamó mucho la atención la estatueta de un sátiro, que tendria unas seis pulgadas de altura.—Oh! dijo al instante, yo quiero comprar este sátiro.—El rey de Nápoles no quiere venderlo, replicó el lazaronne.—Daré su peso en oro... y aun otro tanto más.—Está prohibido vender nada de esto, volvió á decir el lazaronne; pero, añadió mandando de toao, ya os he dado dos buenos consejos y os voy á dar otro: no compreis la estatua, pero robadla.

— Esceleste, exclamó el ingles; esto será muy original, y teniendo un inválido ciego...—Sí, replicó el lazaronne, pero el inválido tiene un perro, que tiene dos buenos ojos, y 16 dientes afilados, y que se os echará encima en cuanto toqueis la menor cosa.—Compraré el perro y lo ahorcaré.—Otra cosa será mejor; tomemos un inválido cojo, y como ya habeis visto todo lo que hay que ver, lo traemos aquí, os echais la figura en el bolsillo y echamos á correr. Casi se muere el ingles con el gusto que le causó la proposicion. Dió tres duros mas al lazaronne, en premio de su idea, y lo mandó á buscar un inválido cojo.

Y á fin de no causar sospecha al ciego ni á su perro, el ingles se puso á examinar una fuente muy curiosa, mientras que el lazaronne iba en busca del cojo. En un cuarto de hora volvió este con un inválido que tenia dos piernas de palo. Dieron al ciego tres carlinos, dos para él y uno para su perro, y lo despidieron.

Lo único que quedaba que ver era el teatro y el templo de Isis. Despues de examinarlo el ingles dijo con aire de indiferencia que le gustaria volver á ver la casa de las escavaciones. El inválido sin la menor sospecha lo condujo y entraron en el aposento en que estaban depositadas estas curiosidades en unas especies de estantes arrimados á la pared. Mientras que el ingles hacia como que lo examinaba todo con la mayor curiosidad, el lazaronne se ocupaba en atar al traves de la puerta de entrada un fuerte cordel, á la altura como de dos pies del suelo.

Acabada esta operacion, hizo una seña al ingles, el cual se apoderó de la estatueta que deseaba debajo de las narices mismas del atónico inválido; se la metió en el bolsillo, saltó por encima de la cuerda, y echó á correr con toda su fuerza seguido por el lazaronne. Saliendo por la puerta Stabiana se encontraron en el camino de Salerno; pasaba un coche vacío; el ingles se metió en él y pronto llegó á la Via dei Sepolchri, donde lo estaba aguardando el suyo. Dos horas despues de haber salido de Pompeya estaba en la Torre del Greco y en otra hora en Nápoles.

En cuanto al inválido, cuando se hubo recobrado un poco del asombro que le causó una cosa tan inesperada, trató de saltar por encima de la cuerda, pero sus piernas de palo no alcanzaban á tanto. Despues trató de desatarla, pero con el mismo éxito, pues el lazaronne la habia atado con un nudo comparado con el cual el famoso Gordiano era un niño de teta. Por fin, el

soldado que sin duda había oído decir que Alejandro el Grande cortó lo que no pudo desatar, sacó su sable. Pero este instrumento, que en sus días mas brillantes no había lucido mucho por el corte de su filo, se encontró ahora con que no tenía ninguno, de modo que el ingles se hallaba ya á medio camino de Nápoles, y nuestro inválido estaba aun aserrando la cuerda rebelde.

Aquella misma tarde salió el ingles de Nápoles en un vapor y el lazaronese confundió en la turba de sus compañeros; los seis duros que le había dado el ingles, le sirvieron para vivir otros tantos meses con lo que un lazaronese considera como lujo.

El ingles había estado doce horas en Nápoles, y había hecho las tres cosas que están mas rigurosamente prohibidas; hablar mal del rey, copiar frescos y llevarse estatuas de Pompeya, y todo esto lo debió no al influjo de su dinero, sino al ingenio del lazaronese.

COMPOSICION POÉTICA.

Gloria á Cristina! Gloria, ó Barcelona,
Al sol que torna en pos de la tormenta
Nuncio de paz á ser!
Cíñele de láurel doble corona
Y ensalza á la que al par grande se ostenta
Cual Reina y cual Muger.

Dióle sus gracias Nápoles la bella;
Dióle el Cielo el ser madre de Isabel:
Fué cual muger de aqueste cielo estrella;
Cual Reina númen de este pueblo fiel.

Al sentarse en el solio vió postrado
De bríos falto al español leon:
Vió á este pueblo de Cides humillado
Y rasgado y sin gloria su pendon.

Y al bajar de él para ceder su asiento
A la tierna Isabel, de España el sol
Vió al Leon rebosando de ardimiento,
Y altivo con su enseña al Español.

Vió á este suelo trocado por encanto
En patria de héroes, en feraz jardin,
Y brotar á la sombra de su manto
Los lauros de Pavía y San Quintin.

Su enseña vió entre aceros desplegándose,
Y grande cual en tiempos de Cortés
So el peso de los lauros doblégándose
Y dando á nuestras huestes honra y prez.

Grande cual reina la aclamó la historia;
 Cual reina España incienso le quemó:
 Por esto el que intentó eclipsar su gloria
 Solo apagar sus dichas alcanzó.

El dardo que lanzaron los infieles
 Le hirió en vez de la frente el corazón,
 Pues nunca alcanza el rayo á los laureles,
 Ni al sol puede apagar fiero aquilon!

La Reina de su solio fué lanzada;
 La Madre fué privada de su amor;
 Pero cual reina y Madre mas fué amada
 Cuanto su sacrificio fué mayor.

Mas á que recordar dias de duelo
 Cuando mas bello el sol torna á nacer?
 Si á lo que fué corristeis Vos un velo
 No seré yo quien lo ose descorrer.

No mas, bella Cristina, amargo el llanto
 Surcos de fuego os dejará en la faz:
 No mas palpitará so el rico manto
 De madre el pecho falto de solaz.

Asaz vuestra virtud y fortaleza
 Probó Dios del afan en el crisol!
 Asaz sobre esta frente de grandeza
 Resbaló triste el estrangero sol!

Id ya á beber de amor besos ardientes
 Que guardan vuestras Hijas para Vos:
 Id ya á verter sobre sus puras frentes
 Ese amor que encerrais para las dos.

En tanto, de Barcino bellas rosas,
 A la flor ensalza de este jardin,
 Y pues la hizo el Señor reina de hermosas
 Rendid á vuestra Reina amor sin fin.

Dadle incienso, vosotras que sois flores:
 Dadle amor pues nacisteis para amar,
 Mientra este vate ofrécele loores
 Y el catalan su pecho por altar!

Gloria á Cristina! Gloria, ó Barcelona,
 Al sol que torna en pos de la tormenta
 Nuncio de paz á ser!

Cíñele de laurel doble corona,
 Y ensalza á la que al par grande se ostenta
 Cual Reina y cual Muger.

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.